

tería. ¿Qué temores habrá? También pude darme cuenta de que se reían de un enajenado que pretendía estar hablando por teléfono con Huerta y trataba de combates y de política.

Ese pobre loco, a quien apodan «El Picado», ya ha tenido accesos de furia, pues oí decir que una vez se había subido a la ventana de su celda y se había dejado caer de cabeza.

Según la regla de este establecimiento, lo dejarán morir en paz.

Desde muy temprano se oye el «pii» piii» del celador, que desde la torre del baño vigila a los que se bañan y hacen mucho ruido con el agua. Después se oye el «tac, tac» del mismo vigía, en tanto que golpea con una llave en el barandal y ordena ejercicios gimnásticos.

Por millonésima vez voy a pedir un libro, aunque reciba el millonésimo desaire del director, que no se digna ni contestar a mis papeles. ¡Qué poca importancia le ha de dar a la lectura, y cómo se interesa por sus huéspedes!

He avanzado un poco en ajedrez; hoy por la mañana jugué el cuarto juego y logré derrotar a mi vecino a las 85 jugadas.

Feliz idea la de Jáuregui cuando me propuso el juego, pues me intereso tanto con él, que olvido mi posición actual de «reo».

Pero antes de las cuatro comenzó la algarabía de mis compañeros; despertó Luis Manuel Rojas, interpellando al secretario Palomino; tercia el simpático Hernández Jáuregui; habla el gravadoso don Tranquilino y no faltan las voces del doctor Puig, de Elorduy, de Peláez y de Ugarte.

Por algunos de mis compañeros, que tienen sillas y mesas, y pueden, subiéndose en ellas, asomarse a la ventana, aunque el celador del baño, cuando los ve, les ordena meterse, he sabido que el «fii, fii» del velador, por las mañanas, es la señal para que vayan entrando los reclusos cada uno a su baño, sin poder ver a los demás por la forma en que esos baños están distribuidos.

Ya va a concluir el día y nada se nos comunica.

Son ya cuatro de incomunicación, y el artículo 19 en la higuera.

¿Dónde estará su señoría el jefe del Gabinete, que poco

caso hace de sus colegas, de quienes se mostraba incondicional amigo y respetuoso admirador?

Parece que en los Ministerios se pierde la vista, el oído y el tacto.

El señor licenciado José Mariano Pontón, mi vecino hacia el Noroeste, acaba de hablar con el recluso que sigue en el mismo rumbo y le ha dicho que cuando el vigilante abrió su ventana, pudo ver que por el patio conducían a Marcelino Dávalos, quien lo saludó.

Semejante noticia nos pone en movimiento. Yo le grité a Elorduy, vecino de Dávalos, para que me informe; pero no me contesta; Hernández Jáuregui le grita y él obtiene respuesta; Dávalos y Munguía Santoyo fueron a ratificar demandas de amparo interpuestas por sus familias. Se oye una algarabía grande: todos hablan. Rojas y Palomino discuten ante la ley. Al oír hablar a Palomino, me acuerdo de una ocurrencia del capitán Armijo, de caballería. Dice que tiene un sargento sentencioso como Sancho Panza, que suele decirle: «Mi capitán: a la tropa hay que tratarla con cierta dulzura durante la semana, pero hay que destinar un día de ella al señor Palomino», y al decir este apellido, hace ademán de dar de palos. Conque, compañero Palomino, ¡mucho cuidado con destinar nos algún día de estos de reclusión!

15 de octubre.

Me acaban de preguntar que si deseo visita médica. Me apresuré a contestar que sí, pues, además de estar malo del estómago, deseo hablar con alguien, a ver qué noticias adquiero y también en usarlo como influencia para que me consiga libertad.

En vista de mi falta de trabajo *útil y honesto*, como reza la Constitución, voy a escribir un cuento. ¿Cómo saldrá el pobre, que se llamará «Irma?» Ayer empecé; ya tengo cuatro pequeños capítulos.

Son las diez. Hace poco habló Ostos y dijo que Moheno había hablado con él y que le dijo que era el único que nos había defendido. ¿Qué de veras, Miramón?

También dijo Ostos que había cinco senadores en la Penitenciaría, presos como nosotros, y que Iglesias Calderón estaba en la Legación norteamericana.

Entre los detenidos están Padilla y Gómez.

No oí mentar a mi amigo Eduardito Iturbide. ¡Quién sabe si sea discípulo de De la Barra, como Agapito Solórzano, José Oseguera y Torres, el representante de Puruándiro, que se ligaron con la «Porra» y la presidieron para que los hiciera diputados y al primero senador, y cuando se verificó el cuartelazo, los mencionados diputados volvieron grupas y se alistaron en las filas del Partido Católico de la Cámara, el que habían combatido antes con encarnizamiento.

Parece que las convicciones de muchos radican en el intestino.

Hoy sí he tenido la mar de moscas; pero he matado algunas con la especie de escoba de palma que me dejaron para mi «distracción».

En vano he intentado comunicarme con mi familia para saber de su salud.

Primero escribí un papel lisa y llanamente; después comprendí que había censura y escribí en una servilleta; luego con limón, en un papel, a ver si les ocurre acercarlo al fuego; también escribí en un hueso de gallina y en un pedazo de mi famosa palma.

A ver si llegan. Falta que me esté cartearando con el mundo director de la Penitenciaría, que ignora que hay un artículo 8º en la Constitución que dice que es inviolable el derecho de petición ejercido por escrito y de manera respetuosa y pacífica. Y que a toda petición así recaerá acuerdo escrito de la autoridad a quien se haya dirigido, haciendo saber su resolución al interesado.

Pues bien: yo, respetuosa y pacíficamente, he mandado mi millonada de papeles al señor director pidiéndole algún libro, y no ha comunicado «el acuerdo que sobre mi petición haya recaído».

¿O no se los habrán entregado? ¡*Chi lo sa!*, como diría Palavicini, a quien oí gritar anoche.

Me acaba de hablar el doctor; me encuentra bien malo del

estómago; ya me recetó. Me aproveché para pedirle influya en que me den un libro. ¡Mi obsesión! Me lo ofreció. Veremos.....

Ya se me acabó la tinta de la pluma. Demasiado meduró. He dicho a Jáuregui que no me dan libro.

Él me dice:

—Yo tengo en francés, ¿puede leerlo?

—Sí: mándeme uno.

Y me manda uno precioso: «Mam'zelle Vertu», del académico Henri Lavedan.

¡Así podré olvidar, engolfado en la existencia ficticia de Chatton y la «bone» Victoire, mi triste reclusión.

Como a las cuatro comienza de nuevo el parloteo de celda a celda y pude enterarme de que ya el juez segundo de Distrito está tomando declaraciones. Y de un modo vago me llega la nueva de que los Estados Unidos han pedido a Huerta nuestra libertad.

¡Adónde nos ha llevado nuestra política torcida: a un protectorado!

Como quiera que sea, ya voy a cumplir 120 horas incommunicado. ¡Nada sé de los seres queridos!

16 de octubre.

Comienza el sainete.

Ayer tarde, que se parece mucho al «ayer mañana» de Gamboa, y aunque los dos son castizos—éste no se usa mucho que digamos y por eso me cae en pandorga;—ayer tarde, ya cuando la noche comenzaba a amenazarnos, vimos sobre nuestras cabezas, en el cielo, una cantidad tan enorme de pájaros volando, como nunca la había visto.

Don Tranquilino declaró que esa juerga era síntoma de pronto chubasco y le atinó, pues a las ocho se desató una tormenta de padre y muy señor mío, que, naturalmente, nos mojó algo, pues no tenemos en las ventanas ni vidriera ni madera, sino una simple tela de alambre. A juzgar por la dirección del viento, los pobres reclusos que ocupan la crujía convergente a la nuestra deben haberse inundado.

¡Pobres! ¡Hambre, frío y agua!

Desde las seis de la tarde de ayer comenzamos a oír abrir y cerrar de puertas y pasos frecuentes por los pasillos. Supusimos, como resultó, que ya el juez comenzaba a examinar diputados. Corriendo la palabra a gritos, pudimos enterarnos de ello y saber que el juez encargado de nuestra causa es el licenciado Adalberto Torres; «Toto», como le decían en Morelia. La circunstancia de ser éste mi juez agrava mi causa, porque somos enemigos personales con motivo de unos honorarios que se rehusó a pagarme y de haber militado en bandos políticos contrarios: él en el Partido Católico y yo en el Liberal.

Según noticia que vi en un periódico, el licenciado Vicente García fue nombrado auxiliar de los juzgados de Distrito y no sería remoto que él viniera asesorando a Torres. Peor para mí, porque con el «Gato» García tenemos también cuestiones añejas. Fue protegido de mi padre y en gran parte a él debe lo que es.

Pues bien: a los quince días de muerto mi padre, el «Gato» me embargaba mi haber hereditario para cobrarme la más injusta de las deudas. Con un cariño así de parte de mis jueces, no es Jauja lo que me espera.

Oí decir anoche al doctor Puig que sigue una vida *brutalmente* higiénica. Yo lo mismo. Él camina en su celda por espacio de una hora con objeto de andar una legua. Yo le doy 263 vueltas a mi celda, lo que hace un kilómetro, pues tiene 3 metros 84 centímetros de larga.

Hago buen número de ejercicios gimnásticos y ejercicios de «barra» en mi ventana; comencé por sostenerme apenas; luego pude dominarme hasta la altura de los ojos: vi el baño; después pude subir mi brazo y ayer ya me suspendí a la reja; por cierto, medio lastimándome un brazo.

Ya descubrí la causa del movimiento de mi cama.

Anoche, cuando el compañero Pontón se acostaba, lo que oí claramente, noté que, a cada movimiento que hacía, había su correspondiente en mi cama, por lo que supongo que están adheridas a la misma pared, y como todo esto es una espe-

cie de furgón, a cada movimiento de un lado responde otro igual del otro lado.

Anoche, cuando me trajeron mi ropa limpia, me dejaron un precioso libro de Carlos Dickens: «El Hijo de la Parroquia». Estuve a punto de bendecir al director, que, por fin, me atendía; pero, al abrirlo, leí en la primera página: Jorge Vera Estañol, número 471.

De acuerdo con Jáuregui, convenimos en leerlo antes de mandarlo a su dueño. Ya comenzamos a volvernos perversos. Eran las tres y no había recibido ni desayuno ni comida de mi casa. Llegué a temer que se hubieran cansado ya de mandarme alimentos o que mi esposa siguiera enferma.

Tuve que comer la pésima comida de aquí, que, naturalmente, me hizo mal. A las cuatro recibí juntos comida y desayuno. A poco rato una mesa, una silla y el primer tomo de *México a través de los siglos*, y en una servilleta un recado de mi esposa.

¡Por fin pude comunicarme con ella!

A riesgo de que me reprendiera el «grillo», que se pasa la mañana tocando su silbato desde la torre del baño para hacer «bailar» a los que se bañan, según dice don Tranquilino, arrimé la mesa a la pared de la ventana, subí en ella mi silla y pude ver a mis anchas: el baño, un pequeño jardín, el cerro de «Gachupines» de la villa de Guadalupe, y el hermoso Ixtlaciuhual.

Allí pasé buena parte de la tarde y el principio de la noche; pude recibir con ansiedad el «beso de la brisa de la tarde» sin vagos rumores de afuera, y ver la salida de la luna, de la amiga del enamorado y el cautivo. ¡Cuántos suspiros, unos de pasión, otros de dolor, habían cristalizado en esa fuente de luz, «que es luz apenas», como cantó el poeta Morera!

¡Así, amiga mía, sé la mensajera de mis ansias con los seres más queridos.

Viernes 17 de octubre.

Hace una semana que me aprehendieron y continúa la incomunicación. ¡Viva la legalidad!

Pasé muy mala noche; primero, porque hasta cerca de las doce hubo mucho movimiento de presos que estuvieron llevando ante el juez «Toto», y luego, porque hubo muchos mosquitos que vinieron a darme serenata.

Anoche pude saber, por los presos de abajo, que ya se fue el denodado «Alejandrill» a las filas. Un hombre muerto de frío y de hambre es capaz de todo. No oí hablar a Mascott mi «superior». Quizá es otro *voluntario* (!).

«El Picado» se batió a poco con otro recluso, que lo llamó al orden para que no gritara mucho y reclamaran los celadores. Por supuesto que hubo exquisiteces de lenguaje, de «madre» arriba.

Por un rato que dejaron mi «ventanilla» abierta, pude ver a Ostos, al senador Gómez, a Borrego, a Sarabia—que ya saca la cabeza a manera de avestruz,—lo mismo que a Elorduy y algunos otros.

Ya pude tomar mi desayuno caliente, pues recibí gasolina y pude hacer uso de mi lámpara.

Anoche, que supe con precisión en dónde quedaba el Oriente, determiné la orientación de mi celda, que es de O. NE, W. SW; es decir, la fachada de ésta es casi paralela a la de la Penitenciaría.

Pude apreciar también las dimensiones del baño, que son exageradas para su objeto, pues sólo caben 29 bañistas en un edificio cuyo diámetro es de cerca de 30 metros y su superficie de cerca de 900 metros cuadrados: como 30 metros cuadrados por individuo. Se tiene, pues, demasiado terreno embromado y mucho material.

Pude oír anoche que dos reclusos hablaban de nuestra prisión:

—Son diputados, ¿verdad?

—Sí.

—¿En dónde los cogieron?

—A todos juntos en la Cámara; cerraron las puertas.

—¿Dónde es la Cámara?

—Frente a Catedral, en los portales.

¡Con razón se pueden dar golpes de Estado impunemente, con ciudadanos así!...

A las cuatro vinieron por mí para llevarme ante el juez.

«Toto» me hizo buen recibimiento, se mostró amable conmigo y así me desarmó del mal rato que pensé en darle.

Me invitó a que leyera el escrito de acusación hecho por Garza Aldape. Nos acusa de conspiración, rebelión, sedición e injurias, y todo esto lo deduce de la Nota que la Cámara puso al Ejecutivo para prevenirle que, de seguir desapareciendo representantes del pueblo, el Congreso buscaría lugar seguro para celebrar sus sesiones.

Manifesté al juez que, por el respeto que tengo a la autoridad judicial, contestaría alguna de las preguntas que me formulara; pero que lo creía incompetente, pues, a pesar del golpe de Estado, seguía considerando que sólo un Gran Jurado podía conocer de mi «asunto», que era, en todo caso, oficial.

Protesté por la injustificada detención y por la arbitrariedad de tenerme una semana incomunicado.

El juez me dió algunas disculpas, diciendo que él no había dispuesto esa larga incomunicación.

Dí mis generales y manifesté que aunque no estuve en la sesión del día 9 de octubre, que fue cuando se mandó la Nota, aceptaba ésta en todas sus partes y la hacía mía. Que era ilógico suponer que pretendía la Cámara ir a campamento revolucionario, pues si tal hubiera sido su propósito, no era tan inconsciente para *manifestarlo* así al Ejecutivo; que hubiéramos ido a un pueblo pequeño, a un puerto, a alguna parte en donde pudiéramos protegernos uno con otro de los ataques del Ejecutivo o de quien fuera.

No cabe duda que el Ejecutivo trata de sincerarse de su injustificada violencia y pretende hacernos responsables de su falta, que no es sino la consecuencia del cuartelazo. El «Cuadrilátero», que ahora es el cerebro del Ejecutivo, incitó a la Cámara y termina por comerse a su propia madre. Con

razón Luis Cabrera pretendía negarles su acceso a las curules. Ellos, los cuatro ángulos del «Cuadrilátero», son los responsables de todo lo que ha pasado desde febrero para acá, y algunos de sus instrumentos son ahora sus víctimas. Huerta, acostumbrado a resolver todo *manu militari*, es el menos culpable.

Al pasar por la puerta de la cruzía donde está mi celda, vi a un subteniente, un sargento y dos soldados del 29 batallón registrando escrupulosamente las «canastas» que nos mandan. ¡Cref que el ejército tenía conciencia de su misión! No es difícil que crean que los diputados éramos empleadillos del Ejecutivo, algo así como conserjes de algún edificio del Gobierno.

Sábado 18 de octubre.

Amanece un día encapotado, como del mes de agosto; de ayer tarde a estos momentos reina profundo silencio en el nuevo Palacio Legislativo.

Mis colegas han «clavado el pico». Es natural: las privaciones y el encierro a nadie animan... Tanto más cuanto que ha corrido el rumor de que se han ido diez diputados. ¿Libres, o al horno crematorio de Coyoacán?

Ya acabé de leer y le pasé a Hernández Jáuregui el libro de Dickens: «El Hijo de la Parroquia», que es muy interesante.

Rí de buena gana al encontrarme en él la expresión «anteayer mañana», muy castiza, pero que me recordó el pelicano del Caballero del Aguila y del Pelicano. (Gamboa).

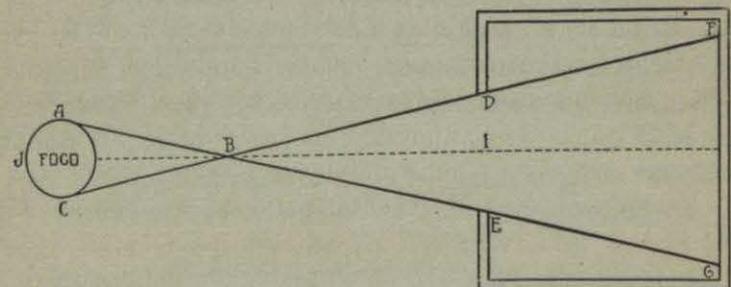
Es frecuente también en la novela el giro «no te se olvidé», «te se aprecia», etc. Parece que anduvo aquí la mano de algún gallego.

El día pasó sin importancia; a las ocho me llevaron ante el notificador, que me hizo saber que estaba yo a disposición del juez primero en virtud del amparo pedido por mi esposa.

Ya no encontré la guardia del 29 a la puerta de la cruzía. El notificador me recibió en la misma pieza en que examinó el juez, o sea en la misma escuela que está en uno de los apo-

yos de la torre central. Del pie de la torre puede uno ver todas las cruzías, señaladas con letras: son siete. Nosotros estamos en la letra «C». Como en cada cruzía hay cerca de doscientas celdas, bien caben mil cuatrocientos presos en esta prisión. En la puerta de entrada está la guardia del 29, reforzando a los cincuenta hombres que de ordinario dan guardia aquí, provistos de ametralladoras.

Con ojetto de comprobar mis apreciaciones acerca de la magnitud del baño, puse en práctica el siguiente método: en el centro del baño, o sea en la torre, hay un foco de arco de veinte centímetros de diámetro; proyecta su luz en una de las paredes de mi celda como dibujando con ella mi ventana; hay, pues, dos prismas invertidos que se tocan por su vértice: uno, cuya base es el rectángulo aumentado de la ventana y cuya altura es la distancia de la pared en que se dibuja y el lugar en que se cruzan los rayos tangentes a los lados del foco, y el otro, de ese punto al foco cuya base es éste.



Por tanto, y atendiendo a las proporciones de las dimensiones de los triángulos por semejanza de éstos:

$$fg = B = 1.25 \text{ de } b = 1.05 = bh = X - ih = 3.84$$

$$B : X :: b : X - 3.84 \quad bx = Bx - 3.84B$$

$$(B - b)X - 3.84B \quad X = \frac{3.84B}{B - b}$$

$$\frac{4.80}{0.20} = 24 \quad B : 24 :: ac : bj$$

$$1.25 : 24 :: 0.20 : X = \frac{48}{1.25} = 3.84$$

Por lo mismo, la distancia de la pared de mi celda al foco es de veintisiete metros ochenta y cuatro centímetros. Deduciendo la longitud de la celda, la distancia de la ventana al foco es de veinticuatro metros. La distancia de la parte interior de la ventana a la exterior del baño es como de cinco metros. De manera que el radio del baño es de dieciocho metros, o sea tres metros mayor que como yo lo había apreciado a simple vista.

Al hacer estas observaciones pude comprobar que la ventana está en el punto tangente de la circunferencia cuyo centro es el foco y la pared exterior de las celdas, porque la proyección luminosa de la ventana no queda a la mitad de la pared, sino un poco desviada hacia el Sur

Domingo 19 de octubre.

El domingo comienza triste y nos trae una nueva decepción. Ya tenemos nueve días incomunicados y no hay esperanza de que nos comuniquen. Oí decir que aunque el juez declaró la comunicación, el ministro de Gobernación había dispuesto que no se cumpliera. ¿Será que Garza Aldape quiere vengar en nosotros la derrota de su hermano en Torreón?

Ya terminé ayer mi cuento. Salió, naturalmente, muy soso.

Al acercarme a la puerta a oír los ruidos del centro de la celda, pude ver cerca de la ventanilla una figura que no vi el día que recorrí la celda buscando inscripciones: son sorpresas de la luz, que repentinamente se acomoda para dejarnos ver lo que antes nos ocultaba. La figura parece tomada de jeroglíficos indios. Es la pintura en pañales, signo de la rusticidad del Miguel Ángel (?) que la ejecutó.

Es una especie de borrego con cuerpo de armadillo, ojo de tecolote y cuernos de mariposa. ¡Ah!: y patas indefinibles. Hela aquí:

(NOTA DEL AUTOR.—Se extraviaron las hojas correspondientes a los diez días que faltan.)

Miércoles 29 de octubre.

Hoy tuvimos día de fiesta, pues a veintitrés de los compañeros que estaban incomunicados les permitieron reunirse con nosotros, ir al patio y cambiar sus celdas por las que están en la planta baja de las que ocupamos; es decir, quedaron comunicados. Muchos fueron los abrazos que les dimos. Sólo nos queda el pesar de que siguen incomunicados diez compañeros: Rojas, Alardín, Galicia Rodríguez, Gerzayn Ugarte, Ostos, Reynoso, Meixueiro, Borrego, Palavicini y Sarabia.

A las once tuvimos visita, lo que nos alentó un poco. Después de la visita y cuando estaba en mi celda leyendo, vino por mí mi celador, anunciándome que el senador Castellot quería hablarme. Fui a saludarlo y lo encontré en compañía de cinco o seis de mis compañeros. Me explicó que, deseoso de aliviar de algún modo nuestra suerte, había pedido—y se le concedió—venir a visitar con alguna frecuencia a los «renovadores» principalmente, pues éramos los más *recomendados*. Este rasgo me simpatizó, y tanto yo como mis compañeros le manifestamos nuestra gratitud.

Rasgo tan generoso apenas se compadece con la actitud política del mencionado caballero, que se prestó para ser reelecto senador por un ucuse de Huerta.

Nos dió a entender el señor Castellot que nuestra libertad, si la concedían, no sería antes de un mes.

La tarde fue monótona y sólo endulzada con algunas conversaciones y algo de lectura. De las seis en adelante me dediqué con furia a leer, pues he tenido tristísimos pensamientos; y aunque O'Fárrill me recomendó que no leyera «De tal palo tal astilla», de Pereda, porque, a pesar de su buen lenguaje, la novela era sosa y cansada, no sé si por espíritu de contradicción o por conocer los gustos del compañero, me aventuré en la novela. Al principio no dejó de interesarme; después sentí atrozmente cansadas las descripciones y los diálogos; tuve que librar combate con la imaginación, que me arrebató de la mazmorra y me llevaba al centro de mis negocios y de mis hábitos, como ansiosa de atormentarme en

mi impotencia de remediar males, que cada día se van haciendo incurables; ya la obligaba a permanecer frente a Pereda, y ella, como bestia indómita, tornaba al campo, hasta que logré interesarla en un teológico diálogo entre Fernando y Águeda, que se me antojó la disputa de Léipzig y no conversación de amantes. Y de paso noté que el autor ultraja a las madres mexicanas al decir que Peñarrubia «casó con una mexicana. Era ésta como *casi todas las de por allá, muy devota y muy indolente*». No sé si esto ha contribuido en O'Fárrill y en mí a hacernos poco amable tal lectura, pues nadie ve con buenos ojos que critiquen la cruz de su parroquia, por vieja y torcida que se encuentre.

A pesar de todo, terminaré la lectura de la obra por ver si enriquezco y mejoro un poco este léxico mío, tan pobre y desgarrado.

Y como a través de mi muro de diez centímetros de espesor, se cuelean unos ronquidos soberanos, que no sé si serán de mi vecino el presidente del Congreso, José M. Garza, o de mi otro vecino, el compañero Morales, voy a intentar imitarlos. Buenas noches.

Jueves 30 de octubre de 1913.

Ya más sereno que anoche y después de hacer las faenas *domésticas*, emprendí la lectura del libro de Alarcón.

Luego pasé la mañana en el patio viendo jugar a mis compañeros a la pelota y en el estanque, y leyendo yo en compañía de O'Fárrill «Psiquis sin velo», que es un estudio histórico filosófico del espiritismo, por Güel, lo que mucho complace a don Tranquilino, pues ya le parece que estamos a punto de volvernos espiritistas.

La visita de las once me tuvo muy contento, pues, además de mi esposa, vino el muy querido doctor Silva y el no menos ingeniero Aragón.

Las noticias que me dieron respecto a libertad no pueden ser peores; hay quien opine que estamos clasificados en cuatro grupos: el primero, de los incoloros, que saldrá más o menos el 15 del próximo noviembre, cuando los nuevos dipu-

tados (?) tengan su junta preparatoria; el segundo, de poco peligrosos; que serán puestos en libertad el 20 del mismo mes, cuando sean aprobadas las credenciales; el tercero, formado por renovadores, entre los que tengo el honor de contarme, saldremos el último día de noviembre; y, por último, los peligrosos, que, según parece, serán envueltos en un proceso.

Palavicini tuvo esta tarde un acontecimiento desagradable en su celda: al prender su lámpara se le inflamó el depósito de petróleo, que pudo haberle incendiado la ropa.

La tarde corrió monótona; pero yo estuve más tranquilo que ayer.

Tengo que hacer un acto de justicia reconociendo dos faltas: fue una, haber asentado en estas notas algún amargo reproche porque no se me trataba por los míos como a un enfermo. Dejé correr la pluma, doblegado por la pena que tenía. Retiro el reproche, pero siempre quisiera ser tratado como convaleciente. Merezco más lástima que reproche. ¡Ah!, la otra falta es que ayer declaré—preocupado por el anatema de O'Fárrill, por la incorrección del autor que se expresó mal de mis paisanas y por la rebeldía de mi imaginación que saltaba de aquí para allá, como potro en persoga, declaré, digo—que la novela «De tal palo tal astilla» no servía, o punto menos. Pues bien, sí sirve; ya hoy pude leerla con calma, como debe leerse, teniendo el alma en reposo y le encontré mucho interés y belleza.

Hasta siento haberla terminado.

Por fortuna ahora sí puedo disponer de suficientes libros; tengo los de mis compañeros, que todos tienen ya buen acopio, como si fueran a invernar aquí; los míos, que ya comencé a pedirlos, y, como una cosa perdida, los de la biblioteca de aquí, que tan difícilmente se obtienen, pero que suelen venir siempre a nosotros, como el que acabo de leer.

Si no fuera por la lectura, qué atrozmente triste sería esta vida de encierro forzoso y de silencio casi constante, pues ahora sólo dos canciones ha habido en la noche; por cierto que una de ellas me recordó las que se cantan en la suspirada tierra caliente michoacana, que temo no volver a ver.

Voy a tener cerca de mí un hermoso ramo de flores, mi regalo de hoy, a ver si sus aromas me ayudan a engreír el sueño.

Y hasta mañana; va mi adiós perdido tal vez en el espacio.

Viernes 31 de octubre.

¡Día de decena! Es decir, día en que deberíamos cobrar el sueldo de diputados, pues ahora sí lo ganamos. ¡Pero qué decena! Verdaderamente trágica, porque aquí, *inter nos*, mi celador primero, y un actuario después, nos han dicho que ni a ellos les pagaron; que los aplazaron para mañana, día en que el Gobierno espera repletar sus arcas con \$8.000,000 que va a prestarle un Banco. ¡Bueno! ¿y los \$400.000,000 de que nos habló «El Imparcial» hace pocos días? ¡Por venir! ¡triste porvenir! Afortunadamente para el Gobierno y para nosotros, no nos mantiene, pues de nuestras casas nos mandan todo lo necesario. Si no, serían otros cien pesos diarios de egresos para el Gobierno, aunque la mala comida de aquí valdría mucho menos; pero hay que tener presente aquello de que los proveedores *no la bailan sin huarache*. Por supuesto que, para nosotros, es una bendición de Dios recibir alimentos de nuestras casas; si no, aquí nos veríamos a dieta rigurosa y a comer *perro* el día menos pensado, por aquello de la escasez.

Aunque los periódicos han dicho que las famosas audiencias para la libertad bajo fianza se aplazan por un día o dos, yo no los creo y espero tranquilamente que transcurra noviembre, según las indicaciones de don Pepe Castellet y de Aragón.

Hoy recibí las primeras cartas de fuera. Aparentemente no venían violadas; pero yo creo que no se nota la violación porque la ejecutan verdaderos artistas, muy acostumbrados al santo oficio.

Después de las visitas, lo más grato es recibir una carta por lo que consuelan sus frases, si es de afectuoso pésame, y porque testifican que se cuenta con amigos todavía y seres queridos de la familia.

Por lo demás, el día pasó con la monotonía acostumbrada. El esfuerzo vital conduciéndonos a la animalidad de comer y dormir. Una variante del mismo a practicar ejercicios físicos, pelota, etcétera, y bañarse. El social a empeñarnos en sabrosas pláticas, críticas regocijadas y tristes conversaciones; y el intelectual, al libro: verdadero narcótico de la loca imaginación.

¡Veremos mañana!

Sábado 1º de noviembre.

Día de Todos Santos; por lo mismo, día de mi santo. ¡Con razón recibo cuelga, lo mismo que todos mis compañeros!

Acabo de soñar, aunque con franqueza no sé si fue sueño o pensé soñar, porque era en esos momentos que son como la penumbra entre el sueño y la vigilia, cuando se comienza a salir del sueño y las ideas y los recuerdos entran atropelladamente al cerebro que despierta. Supongamos que soñé... que el hermoso don Victoriano había tendido nueva red y habíamos caído en ella cándidamente, a saber: el celador fue abriendo puerta por puerta y diciéndonos:

—Está usted libre.

Regocijados, salimos todos en tropel. Las *siete puertas* de la ciudad sagrada estaban abiertas de par en par, y cuando plenteros nos acercábamos a la última y ya nos parecía descubrir las primeras casas de la «urbe» azteca, nos salió al paso un pelotón del «heroico» 29 y nos acribilló a tiros. Los pocos que escapamos fuimos conducidos a un cuartel y alistados en las filas de los soldados del procónsul.

La Prensa dijo que, habiendo los exdiputados (i) sobornado a un celador, nos habíamos echado sobre la guardia de la Penitenciaría con intención de desarmarla; pero que ésta nos rechazó y nos redujo al orden. Como semejante delito era del resorte de guerra, nos habían puesto a disposición de las autoridades militares. Afortunadamente desperté del todo y comprendí que se trataba de una *pesadilla*. No debían llamarse estos sueños con diminutivo, porque son demasiado pesados: su nombre debía ser «pesadísima».

Yo creo que tal sueño lo tuve porque me acosté con la preocupación de que anoche abrían sucesivamente, y, contra toda costumbre, las ventanillas, y un desconocido se asomaba como para cerciorarse de que estábamos en nuestros *chiqueros*, y después cerraban estrepitosamente. O tal vez una *co-razonada*, porque apenas levantado y cuando me entregaba al aseo, abrió la puerta de mi celda, y entró, el presidiario mi compañero, a quien primero conocí aquí por haber sido el que me ofreció agua la primera mañana de mi encierro; entró, digo, a barrer mi habitación y me dijo:

—Están ustedes incomunicados hasta nueva orden.

Semejante disposición y lo nublado, triste y frío de este día de «nuestro santo», forma la mejor cuelga que se nos pudiera dar.

Todos, alarmados, se agobian a preguntas; pero nadie sabe el motivo de la medida.

A eso de las diez se oye que lavan los «corredores», cosa tan inusitada en este reino de la inmundicia, que naturalmente me llama la atención. Quizá esperan una visita.

Como la lectura es mi principal distracción, me dediqué a terminar el viaje «De Madrid a Nápoles», por don Pedro Antonio de Alarcón. Por cierto que entre otras cosas me trajo a la memoria al licenciado Miguel Mesa, michoacano, mi primo político y mi contrario en ideas políticas, por una expresión usada por don Pedro Antonio: «tal día, dice, estaré en Madrid, por ejemplo, si Dios no lo remedia». Miguel Mesa también dice: «haré tal cosa, si Dios no lo remedia». ¡Buen discípulo!

Y la emprendo con «Los Muertos Mandan», de Vicente Blasco Ibáñez, que me prestó el presidente De la Garza, no sin antes escribir su nombre en el forro, por aquello de las dudas.

Después de comer, cuando tomo el café, que me recuerda la risueña Uruapan, fumo un rico puro; y frente al último ramo de flores que alegra esta estancia, estoy casi contento, hasta donde se puede estar en estos *cuchitriles*. Movidito por tales excitantes, apunto aquí las impresiones últimas.

Por las conversaciones a *gritos* he podido enterarme de

que Verdugo—no el del hacha y el túnico, sino Fálquez—fue llevado ante el juez, quien se limitó a decirle que la audiencia citada para ayer se difería por algunos días y que pusiera en conocimiento de nosotros que él, el juez, era hombre honrado y que haría justicia en nuestra causa. Esto me recuerda una sentencia, y una observación mía, bien comprobada. La sentencia: satisfacción no pedida, acusación manifiesta. Mi observación: siempre que un empleado de campo, administrador, mayordomo, etc., dicen: «Soy incapaz de cogermelo un centavo», a poco sabía que el mencionado tenía casi cuentas pendientes con la policía, por sus «distracciones» pecuniarias.

Lo mismo hace el jugador, lo mismo la mujer de conducta sospechosa, etc. Siempre dicen lo contrario de lo que son, como tratando de sincerarse ante su conciencia, que es la que los interroga constantemente.

De manera que ¡quién sabe cómo vendrá esa justicia!

Fálquez dice que, declarado esto por el juez, se encerró en misterioso aspecto y nada claro pudo sacarle.

Como dijo ayer «El País»: «El licenciado F. P. García habla en latín a los repórters». Con este procedimiento las diligencias que practique quedarán en el más absoluto misterio. Muy propio de un caballero católico del tiempo de Felipe II, amante de la Santa Inquisición, esplendor de la Fe. Estamos, pues, ante el tribunal del Santo Oficio y encomendados a un sapientísimo y cristianísimo Pedro Arbués.

Para quitarme de encima estas atrocidades me engolfé en la lectura de mi último libro y lo encontré interesante. Gustándome mucho, por supuesto, que el autor cite a una mexicana con encomio, al contrario de lo que hizo Pereda. La descripción de los añosos olivares del camino de Valdemosa (Mallorca) me recordó los del cementerio de Tzintzunzan, la cuna de mis mayores. La leyenda del monje S. Raimundo de Peñafort, que salió de Soler, en Mallorca, navegando en su manto a guisa de barquilla y fue a desembarcar en Barcelona, me trae a la imaginación la del Apóstol de Tierra Caliente, cuyo cuerpo se conserva en San Agustín, de Morelia, y del que cuentan que así cruzaba el río de las Balsas.